

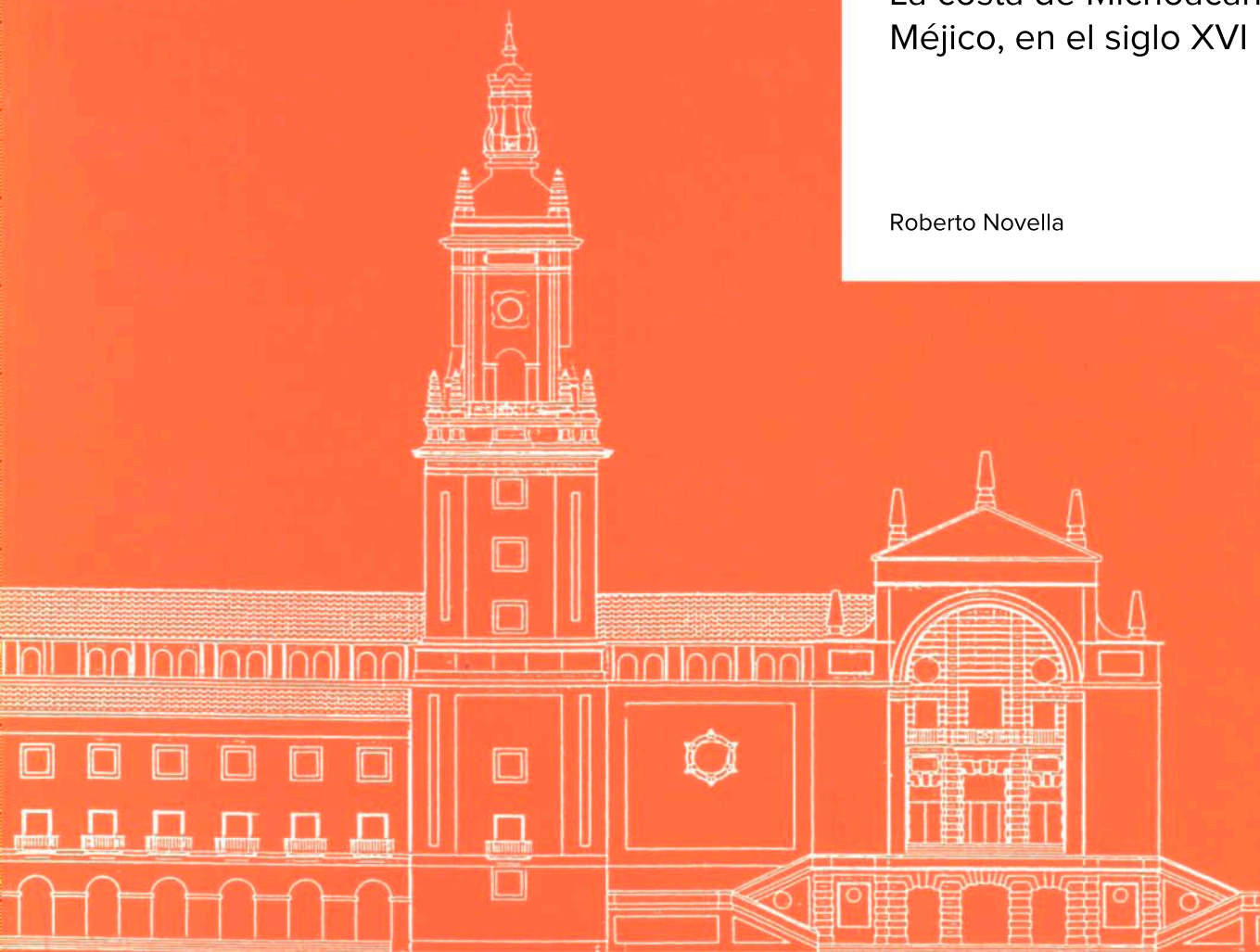
# ANALES 4

MUSEO DE AMÉRICA 1996

Artículo

La costa de Michoacan,  
Méjico, en el siglo XVI

Roberto Novella



## LA COSTA DE MICHOACÁN, MÉJICO, EN EL SIGLO XVI

Roberto Novella

Instituto de Arqueología, UCL, Londres

ÖÜÇÉ I H ÉH ÉÍ G ÉB ÉFJJ Ë ÉÁ GÁ

La información que se presenta a continuación forma parte de un proyecto para el reconocimiento arqueológico de la zona costera de Michoacán, Méjico, comprendida entre los estados de Colima y Guerrero. Esta zona, una de las áreas menos conocidas de Méjico, incluye toda el área michoacana a lo largo de la costa Pacífica, desde la Boca de Apiza, salida al mar del río Coahuayana en el noroeste, hasta la Boca de San Francisco, situada al este de el delta del río Balsas en el sureste, limitrofe con los estados de Colima y de Guerrero respectivamente. Hacia el interior, esta franja costera está delimitada por la Sierra Madre del Sur, o Sierra de Coalcomán, que interrumpe por momentos sus angostas planicies. La longitud total de este área es de 212 kms aproximadamente (ver mapa).

Los objetivos de este proyecto consisten en localizar y registrar los sitios arqueológicos a lo largo de esta franja costera y en establecer una cronología aproximada en base al material analizado. Desde el punto de vista arqueológico, esta región, particularmente la zona noroeste, es escasamente conocida y existen pocos datos que puedan aportar información sobre los rasgos culturales de sus habitantes.

La primera etapa de este proyecto, que tuvo lugar en mayo y junio 1994, ha sido avalada académicamente por el "Institute of Archaeology", UCL, Universidad de Londres, y por El Colegio de Michoacán, Zamora, Michoacán. Los fondos para la elaboración de los trabajos de campo han sido proporcionados en Gran Bretaña por "The British Academy", "the Royal Geographical Society" y "the Robert Kiln Charitable Fund", y en Méjico por la Secretaría de Relaciones Exteriores, colaborando en campo por parte del INAH - adscrita a la Dirección de Salvamento Arqueológico - la Arqueóloga Maria Antonieta Moguel Cos.

Poco se sabe de los antiguos habitantes que vivían en la región de Motines, que hoy forma parte del litoral de Michoacán, y de las zonas que la rodean. Existen escasos datos referentes a la costa de Michoacán en la época prehispánica y en los primeros tiempos de la conquista. No se encuentra ninguna referencia a esta zona en la Relación de Michoacán, salvo unas citas que mencionan la población de *Zacatula* (hoy día Lázaro Cárdenas), localizada sobre el delta del río Balsas: se sabe que el *calzontzin Tzitzispandáquare* "tuvo su conquista hacia ... *Zacatula* y otros pueblos" (Cabrero 1989: 190) y sobre la expedición de Don Pedro, gobernador de Michoacán, a *Zacatula* con un séquito de mil seiscientos hombres y dos españoles (*ibid.*: 281-282).

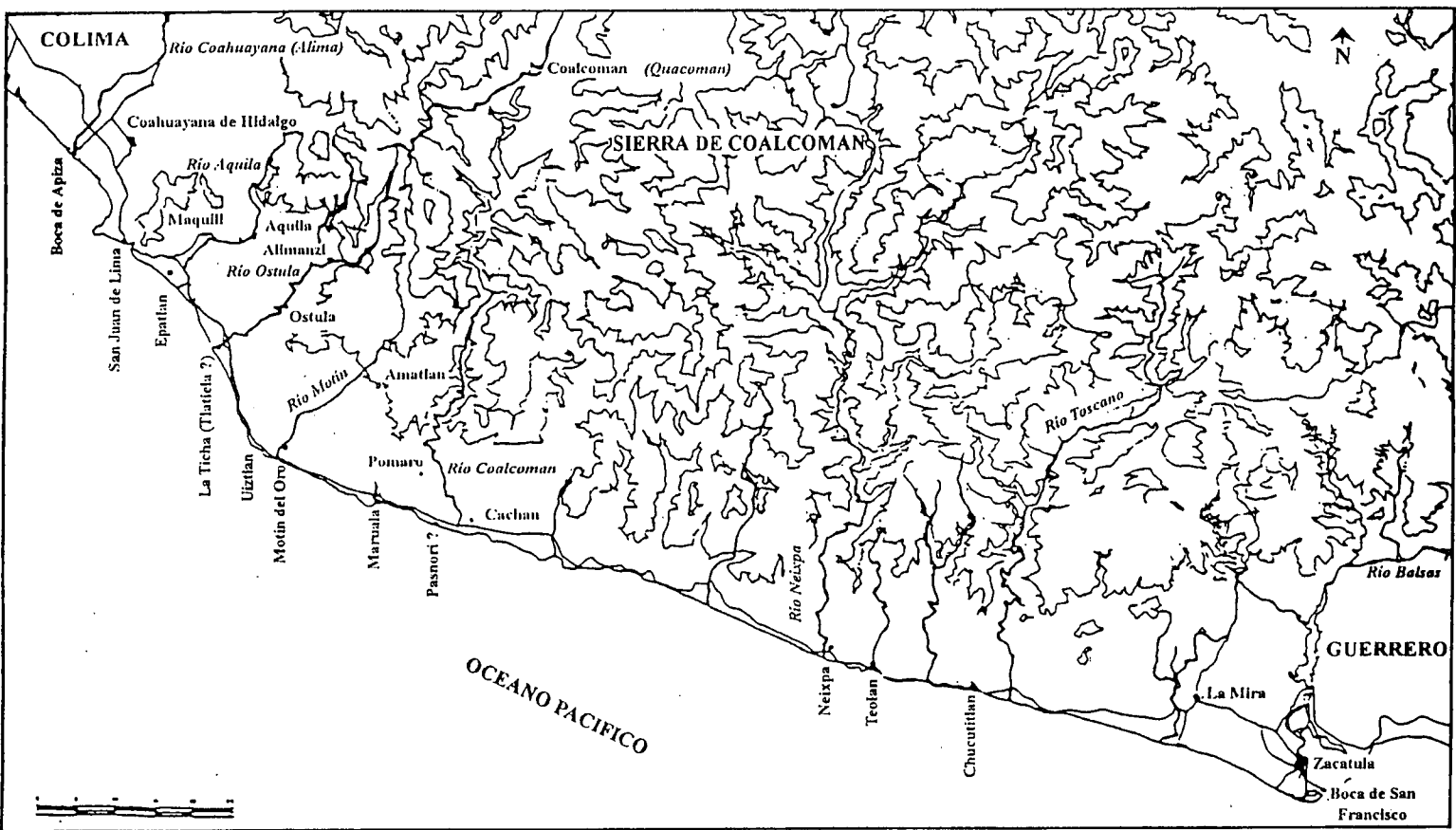


Fig. -1: Costa de Michoacán

Sin embargo, a partir del siglo XVI en adelante, se cuenta con más amplia información. Quizás la más valiosa de esta sean las dos Relaciones Geográficas que se refieren a la costa de Michoacán. La primera, y la más valiosa para el propósito de esta investigación, es la "Relación de la Provincia de Motines", escrita en 1580 por Baltazar Dávila Quiñones, alcalde mayor de minas de la Provincia de Motines, cuya residencia estaba en *Quacomán*, por Sebastián Romano y por Juan Alcalde de Rueda, ambos hacendados. Esta Relación se compone de tres manuscritos: el primero, de Baltazar Dávila Quiñones, bajo el título de "Relación de *Quacomán*, anónimo encontrado por don Francisco de Paso y Troncoso" (Acuña 1987: 135); el segundo, de Sebastián Romano, bajo el título de "Relación de *Alimanzi, Cuzcaquauhltla y Epatlán*" (*ibid*: 143); el tercer informe, la "Relación de parte de la Provincia de Motín" incluye la regiones de Motín y de Pómaro (*ibid*: 156). La segunda fuente de información, la "Relación de la Provincia de *Zacatula*", con fecha 1581, es obra de Melchor de Vargas y ofrece un menor interés que la precedente en lo que se refiere a los datos sobre las culturas prehispánicas de esta zona.

El territorio que cubren estas relaciones puede trazarse, siguiendo la costa, desde la punta de San Juan de Lima hasta el río Balsas. Hacia el interior, cubre la sierra de Maquili hasta *Quacomán*, hoy día Coalcomán (Acuña 1987: 128). Desgraciadamente no existe, hasta la fecha, ningún mapa histórico que describa las antiguas divisiones políticas de este área, y el mapa de Brand (1960) no registra la ubicación de muchos de los pueblos mencionados en las Relaciones.

Las Relaciones Geográficas contienen información específica sobre las costumbres de los antiguos habitantes de la costa y describen la región de Motín y toda esta área mencionada anteriormente como una zona montañosa, cortada profundamente por cañones, con estribaciones equilibradas en acantilados y playas limitadas, formadas en las bocas de los valles, encerrando lagunas saladas. Señalan que pequeños suelos de aluvión forman valiosas tierras para la agricultura, pero de muy reducida extensión. Se refieren a la lista de cultivos nativos, que es notable por su variedad, y a las pequeñas huertas de los indígenas, donde estos cultivaban maíz, frijoles, calabazas, chile y cacao, que fue luego remplazado por el aguacate (Sauer 1990: 94). También mencionan las huertas de plátanos (Acuña 1987: 151, 167, 168), los cacahuatales (*ibid*: 163, 174) y el sistema de riego que practicaban los nativos, utilizando, en tiempo de seca, una o varias acequias del agua procedente del río (*ibid*: 167, 169).

Se sabe igualmente que para completar su dieta los nativos no solamente se sustentaban de venado que mataban por los montes (Acuña 1987: 140) y de frutas silvestres (*ibid*: 152), sino que en los ríos criaban truchas en abundancia (*ibid*: 141) y que en el litoral se aprovechaban del pescado, del marisco y de "otras cosas que de la mar se sacan" (*ibid*: 164), así como yerbas marinas (*ibid*: 171). Solían en algunos pueblos beber "pinoles", o maíz tostado batido en agua (*ibid*: 167), y un tipo de vino hecho con maguey y ciruela (*ibid*: 158).

Las Relaciones se refieren a dos animales domesticados: a unos "pájaros nativos", que "eran más grandes que los pavos", y que podrían ser una referencia a los "guajolotes" y a una raza de perros comestibles,

que tenían el pelo muy corto y crecían gordos con poca alimentación; los criaban en chiqueros y, cuando estaban gordos, eran sacrificados y comidos en festines (Sauer 1990: 94). Notas sobre la fauna revelan una plaga de murciélagos y de agresivos caimanes que atacaban a aquellos que tenían que atravesar las corrientes, en particular el río Motín. En las montañas, cazaban venados, puercos salvajes, aves de menor tamaño y "faisanes grandes, negros" (*ibid*: 95).

Ríos y mar proveían de una variedad de pescados, camarones de río y cangrejos. Otras referencias mencionan la colecta de perlas que solían sacar los indígenas del mar, pero que ha sido abandonada "porque dicen que son muertos los que lo sabían sacar" (Acuña 1987: 175).

Igualmente se obtienen referencias de la producción agrícola: del algodón, que cultivaban en abundancia a los lados del río Motín, y cuyos árboles siempre daban fruto (Acuña 1987: 172) y de la miel silvestre, que era recolectada, pero las abejas no eran domésticas (*ibid*: 142, 172). Existen igualmente relatos sobre la preparación de la comida, como la de los tejones que solían preparar "enhornados, cuyas carnes les sabían muy bien, cocidas con su chile y pipián" (*ibid*: 167). Utilizaban el brasil, un árbol silvestre, para hacer cuentas de collares, y su goma para teñir sus *huipiles*, y el maguey para hacer hamacas, cordeles, costales de red y delgadas tiras de caña para la fabricación de canastos (*ibid*: 173).

También encontramos información sobre otros aspectos de la economía, como la producción de sal y la producción minera. La Relación de la Provincia de Motín se refiere a la producción de sal hecha de agua de mar, que fue un importante producto de la economía de la costa. La manera de su obtención fue descrita con algún detalle:

Hacen sal, y en poca cantidad y con alguna dificultad, regando primeramente la playa con cántaros con agua de la mar... amontonan aquella arena regada... toman dos ollas o tinajas y, puesta una sobre otra, la de encima tiene en el suelo unos agujeros... y distila esta agua a la tinaja de abajo. Y esta agua distilada está salobrisima, y esta apartan en sus cántaros, y la llevan a sus casas a cocer, dándole furgo hasta que se cuaja y convierte en sal. Este es el arte y modo de hacer sal que en este pueblo tienen, y en el de *Motín, Maruata, Pasnori y Cachán* ... (Acuña 1987: 171).

En algunos pueblos, como *Epatlán*, donde igualmente se encuentran salinas, se solía vender la producción de sal (*ibid*: 152).

En cuanto a la producción minera, se sabe que la sierra costera de Michoacán y Colima era la fuente más importante de abastecimiento de metales preciosos del imperio Tarasco (Martínez 1989: 34). A través de Fray Pablo Beaumont (1985, T. I: 435), tenemos conocimiento de que cuando Cortés, en 1520, le preguntó a Moctezuma en qué parte de su imperio estaban las minas de oro, este le respondió que "en cuanto a las minas, tenía noticia, que donde más le solían traer oro y plata era de la provincia de *Zacatula*, hacia el sur". Las Relaciones mencionan minas de oro en *Ihuítlan*, cerca de *Quacomán*, en *Copala*, "donde se sacó mucho oro" (Acuña 1987: 142) y en *Catagui*, ahora Sierra Mancira, cerca de *Tlatlictlá* (*ibid*: 168, nota 96, 178).

Las zonas noroeste y sudeste de la costa estaban densamente pobladas durante el Postclásico Tardío. Lebrón de Quiñones (1988: 38) señala 32 pueblos solamente para la Provincia de Motín, mientras Gerhard (1986: 200) sugiere que posiblemente hubiera más de un centenar de asentamientos principales antes que la población indígena disminuyera por causa de la enfermedad y los malos tratos. El pueblo de *Alimanzi*, por ejemplo, tenía más de trescientos indios, el de *Cuzcaquauhítla* más de cuatrocientos y el de *Epatlán* más de quinientos (Acuña 1987: 146).

Las Relaciones dejan información de como esta población se vestía y donde vivía. Con la planta del maguey, solían hacer hilo, con el cual fabricaban mantas para cubrirse (Acuña 1987: 141); con el algodón, se confeccionaban mantas cuadradas, camisas, "zaragüeles", o calzones, sayos (*ibid*: 149) y *ichcaxicoli*, o chalecos, para protegerse en tiempo de guerra (*ibid*: 166). Y utilizaban el brasil para teñir los *huipiles*, el "vestido de las indias" (*ibid*: 151). En algunas localidades, como Motín y Pomaro, llevaban el cabello crecido y se lo trenzaban, y "todo lo demás de su persona descubierto, con un hilito en la cintura, en el cual ataban el miembro genital por el pico y capullo" (*ibid*: 165).

La madera de los árboles se utilizaba para construir las viviendas, como en *Quacomán* (Acuña 1987: 141, 151). Estas estaban hechas con horcones de madera encima de los cuales armaban palos atados con cuerdas hechas con la hoja del plátano (*ibid*: 170) o con la corteza de árboles (*ibid*: 178) y que cubrían de barro, mientras que los techos estaban cubiertos de paja (*ibid*: 153).

Respecto a las lenguas naturales de esta región, los autores de las Relaciones dan descripciones muy vagas. Se menciona que los habitantes de la costa hablaban muchas lenguas, pero parece ser que la que utilizaban más es la mexicana, hablada en algunos casos de manera "corrupta" (Acuña 1987: 159). En *Quacomán* y en *Alimanzi*, por ejemplo, "todos hablaban la lengua mexicana y la entendían" (*ibid*: 137, 147). En la región de *Tlatictla*, sin embargo, hablaban tres o cuatro maneras de lenguas (*ibid*: 159), mientras que en *Ihuítlan* se hablaba *Puhuhuari*, una lengua no identificada (*ibid*: 167).

Brand (1960: 129-30) considera que antes de la conquista existían varios idiomas locales no clasificados, los cuales identifica como sigue: *cuauhcomeca* (tierra adentro), *epateca*, *aguila*, *motintla*, *maquila* y *huahua*. Estos cinco últimos se hablaban a lo largo de la costa (Gerhard 1986: Mapa 3). El uso del *nahua* parece haberse extendido en la región de Motines por conducto de los indios que acompañaban al conquistador europeo. Acuña (1987: 132) piensa que su introducción debe datar de hacia 1521, y en 1580 muchos naturales de esta provincia entendían y hablaban una especie de *nahua* al que llaman los autores de las Relaciones "mexicano corrupto". Sin embargo, Guerrero Y Castillo (1948: 128) piensan que este dialecto ya se hablaba desde tiempos prehispánicos en esta región. Es interesante añadir que en la costa de Michoacán hay una preponderancia de nombres no *nahuas*, tales como *Aguila*, *Maquili*, *Alimanzi*, *Motín*, *Maruata*, *Coyre*, *Pomaro*, *Cachán*, etc. (Sauer 1990: 92).

Juan Alcalde de Rueda, en su Relación de la Provincia de Motín (Acuña 1987: 131) menciona que los *epatecos*, es decir los naturales de

*Epatlán*, eran oriundos de la "provincia de los tarascos", e implica que posiblemente estos hablaban una lengua distinta a la de los otros pueblos, tal vez el *purepecha*. Esto supondría una influencia tarasca en algunos puntos de la costa, cuyos orígenes pueden haber consistido en relaciones comerciales, en conquista del interior hacia la costa o en desplazamientos humanos. Desgraciadamente no se tienen hasta la fecha datos precisos sobre la influencia *purepecha* en la costa de Michoacán.

Brand (1980: 423) opina que en los años 1460 los Tarascos, bajo el reino de *Tzitzic Pandacuare*, conquistaron la costa pacífica, desde Colima hasta el río Balsas, y añade que todas estas conquistas se perdieron bajo el reino de su hijo, *Zuanga*, entre los años 1480 y 1520. El mapa del cronista Beaumont (Leon 1979: lámina I), que incluye la costa de Michoacán dentro de los territorios del reino Tarasco, puede corresponder a la época de esta conquista. Gerhard (1986: 198), sin embargo, que se apoya sobre la Relación de *Quacomán* (Acuña 1987: 140), considera que el poder tarasco se extendía solamente hasta *Quacomán*, estado tributario del *calzontzin*, y que la costa era visitada por comerciantes tarascos. De todos modos, como lo indica Commons (1970), los límites del reino de Michoacán eran fluctuantes y estaban sujetos a las conquistas que realizaban. Se sabe sin embargo que *Zacatula* se encontraba, antes de la conquista, en la frontera con el imperio mexicana (Cabrera V. & al. 1991: 33). Hacia el este, los pueblos de *Quacomán*, *Tequantepéc* y *Huilontlán* formaron la frontera con la llamada, después de la conquista española, "Provincia de los Motines de Colima" (*ibid*: 38).

La desembocadura del río Balsas, que no incluía la costa de Michoacán, era controlada por el señor de *Zacatula* y formaba parte del imperio mexicana (Barlow 1949: 12), el cual recibía tributos en forma de "bastimentos, armas y algún oro" (Acuña 1987: 456). Al parecer, los Tarascos tenían solamente una pequeña colonia en la costa. Las Relaciones de Motines hablan de una colonia de inmigrantes en la costa, que había venido del área tarasca y que guerreaban con la gente del valle de *Tlatictla* pero no se sabe hasta que punto se pueda considerar como parte del imperio Tarasco. De las provincias que ciertamente estaban sujetas al monarca tarasco, la más próxima a la costa era *Quacomán* (*ibid*: 140).

Sabemos que algunos de estos pueblos pagaban tributos, como *Quacomán*, por ejemplo, que pagaba su tributo al *calzontzin* (Acuña 1987: 140). Existen varias referencias en las Relaciones acerca de estos tributos que se pagaban en forma de mantas y maíz (*ibid*: 179), oro (*ibid*: 142) y gomas de árboles (*ibid*: 151), pero desgraciadamente no sabemos a quienes se les pagaba.

Se tiene noticia de que los habitantes de la región de Motines solían entrar en guerra con los tarascos que "les entraban y cautivaban, mataban y comían" (Acuña 1987: 166). También entraban en guerra entre ellos, como los habitantes de *Cuzcaquauhtla*, que guerreaban con los de los pueblos de *Maquili*, *Aguila*, y *Tlatictla* (*ibid*: 149). Para defenderse utilizaban lanzas hechas de palos, con puntas de fuego al final, arcos y flechas, rodela hechas de caña que llamaban *otlates* y chalecos de algodón, o *ichcaxicoli* (*ibid*: 166).

Se desconoce la organización política que regía a los habitantes de la costa. Gerhard (1986: 198) sugiere que existían por lo menos una docena de unidades políticas, y quizás muchas más, que eran bastante independientes entre sí. Sabemos a través las Relaciones que estos pueblos, con la excepción de *Quacomán*, nunca fueron sujetos "a ningún señor natural" y que en la región de Motines "no había caciques ni señores y, al que respetaban por cacique era el que mejor maña se daba a sembrar gran sementera" (Acuña 1987: 165).

En cuanto a los dioses, ritos y ceremonias de estos pueblos, tenemos algunos elementos dispersos. En *Ihuítlan* y *Oztutla*, por ejemplo, aparecía un ídolo envuelto en plumas, al cual se hacía anualmente unas fiestas donde se celebraban banquetes. En el transcurso de estas fiestas se mataba a un cautivo y se le ofrecía la sangre y el corazón a este ídolo, junto con perfumes de copal (Acuña 1987: 165). En Motín, que quiere decir "lugar de cenizas", se solían hacer grandes fuegos al ídolo local de facciones humanas, hecho de piedra labrada (*ibid*: 174). Un informe atribuido a Fray Pedro Garrobillas nos informa que los pueblos de *Zacatula* y de Motín tuvieron más ídolos y más sacrificios humanos que ninguna otra parte del reino de Michoacán (Brand 1952: 59). La Relaciones nos indican que se practicaba varias formas de autosacrificio, como "sacarse sangre de las orejas y de otras partes" (Acuña 1987: 149).

A través Fray Isidro Felix de Espinosa (1945: 182) sabemos que estos habitantes practicaban la costumbre de sacrificios humanos:

Costó inmenso trabajo reducirlos a que no sacrificasen sangre humana al demonio que estaba tan sediente de ellos, porque en esta tierra caliente de Los Motines y *Zacatula* concuerdan las historias de que eran tan frecuentes y tan horribles los sacrificios de gente humana.

La Relación de *Alimanzi*, *Cuzcaquauhltla* y *Epatlán* describe una ceremonia religiosa que consiste en una procesión de veinticinco caciques que junto con un tropel de guerreros suben al cerro con el propósito de fumar tabaco mientras se quema un árbol (Acuña 1987: 148). Baus (1987: 239) sugiere que esta ceremonia puede haber sido una petición de lluvias, y que, de todos los ritos del ciclo agrícola, éste era el que mayor importancia revestía, ya que el logro de las cosechas dependía de la oportuna llegada y retirada de las aguas. También propone que, aunque no se pueda identificar con seguridad a que deidad se dirigía la oración, es probable que el dios en cuestión fuese *Tlaloc*. Destaca el hecho de que dentro de este grupo de caciques, sólo uno, que puede ser el más importante - el de *Epatlán* - es llevado en un equipal, el símbolo que identifica al jefe. Consecuentemente se puede deducir que la Provincia de Motines estaba unida políticamente en una especie de formación compuesta de varios cacicazgos. El cacique de *Epatlán* aparentemente era la máxima autoridad de la provincia en la cumbre de la jerarquía social.

Desafortunadamente no se conoce ninguna referencia bibliográfica acerca de los contactos comerciales de estos pueblos ni entre ellos, ni con las áreas vecinas. Sin embargo, se cuenta con evidencia histórica de contactos marítimos regulares entre *Zacatula* y las tierras costeras más al sur, que podría implicar una posible comunicación de esta área con Su-



damérica y/o América Central. Esta consiste en una carta del contador Rodrigo de Albornoz, escrita en 1525 a su Majestad.

Los dos navios que se hacían en *Zacatula* y un bergantín están acabados ... y hay nuevas de indios que dicen que en el camino hay islas ricas de perlas y piedras, y siendo a la parte del Sur, ha de haber, según razón, oro en abundancia ... de cierto en cierto tiempo solían venir a aquella costa indios de ciertas islas hacia el Sur que señalan, y que venían en unas grandes piraguas y les traían allí cosas gentiles de rescate y llevaban ellos otras de la tierra ... (Torres de Mendoza 1864-84:13, ref.63-64)

Aunque no se pueda averiguar con exactitud la procedencia de estos navegantes, se sabe que viajaban en "grandes piraguas" y que traían mercancía de intercambio comercial. West (1961: 133) sugiere dos procedencias: 1) la costa Pacífica del Panamá, y posiblemente las "Pearl Islands", donde vivían los indígenas de la cultura Coclé que utilizaban canoas que podían contener entre 50 y 60 personas; 2) los indígenas Manteño de la costa de Ecuador, que son conocidos por ser buenos navegantes y comerciantes.

La conquista de la costa michoacana tuvo lugar en varias etapas. Hubo varias expediciones en la parte sur. Al final de 1522, Cortés, que había tenido noticias de las ricas minas de *Zacatula*, dió ordenes a Cristóbal de Olid para que emprendiera una expedición a este lugar, y la villa fue formalmente establecida en 1523 para instalar un astillero y como una base para exploraciones marítimas (Saver 1990: 13, 121/ Beaumont 1985, T. II: 35, 92-5/). A principios de 1523, Juan Rodríguez de Villafuerte y sus hombres pasaron por *Quacomán* y *Apatzingán*, eludiendo el difícil camino costero, y llegaron también a salvo a *Zacatula*, donde fundaron la Villa de la Concepción de *Zacatula*, con 123 vecinos (*ibid*: 94). Por último Antonio de Carvajal, en 1523 y 1524, hizo el recorrido desde *Tzintzuntzan* hasta *Zacatula*, pasando por *Huétamo*, *Zirandaro* y *Churumuco*.

En 1523, Cortés mandó a Gonzalo de Sandoval a conquistar Colima, lo cual menciona en su cuarta carta (Pagden 1971: 297-8, 444). Este fue el primero en recorrer la costa michoacana, partiendo de *Zacatula* hasta la Provincia de Colima, desconociéndose el itinerario exacto de esta expedición (Brand 1960: 58/ Beaumont 1985, T. II: 93). Visitó los pueblos nativos de la costa e hizo una lista de ellos, que luego Cortés repartió en encomiendas (Warren 1977: 75). Encontró en esta zona una densa población de agricultores extremadamente fragmentada en lo lingüístico, étnico y político, e independiente de los imperios purépecha y mexica. Muchos de los indios rebeldes encontrados durante esta expedición fueron esclavizados para trabajar en las minas (Martínez 1989: 31).

Sin embargo el nombre que parece más frecuentemente relacionado con la conquista y la pacificación de Motín es el de Pedro Sanchez Farfán, cuya campaña tuvo lugar entre 1526 y 1528 (Warren 1977: 162/ Brand 1960: 60). Este último, que era encomendero de *Tepaltepec*, uno de los pueblos de dominio tarasco más cerca de Motín, fue nombrado por Alonso de Estrada, gobernador después de la muerte de Aguilar, como capitán para conquistar Motín. Pero sabemos muy poco acerca del

tamaño o composición de esta expedición. Los principales beneficios de esta campaña consistieron en abrir el comercio y la comunicación entre *Zacatula* y Colima y en descubrir las minas de oro de la región (Warren 1977:164).

En 1534, Cortés estuvo en la Provincia de Motines donde "arribó una nao que echó en tierra algunos heridos, y a dos frailes franciscanos". En la Crónica de Michoacán, Fray Pablo Beaumont (1985: T.II: 234) se refiere varias veces a la llegada de religiosos en la zona de Motín donde "por aquel tiempo fueron en estas regiones varios capitanes a reconocer las costas del Mar del Sur,..., y a formar poblaciones por orden del Marqués del Valle, y era natural que fuesen en su compañía uno u otro de los religiosos franciscanos que había en la tierra". Estos religiosos franciscanos se dedicaban a la conversión de los indígenas para "predicarles y darles a conocer el Dios verdadero". Sabemos por ejemplo que Fray Francisco Villafuerte ejerció su labor apostólica en la región de Motines - que en la segunda mitad del siglo XVI abarcaba *Tepaltepec*, *Pintzándaro*, *Pómaro*, *Maquili* y Colima - donde fundó varias capillas (Ruiz 1986: 109).

En el año 1537 llegaron los religiosos de San Agustín y recorrieron la Costa de Michoacán, pasando por Motines y *Zacatula* (*ibid*: 383). La Relación de *Quacomán*, sin embargo, contradice estos datos y afirma que los agustinos entraron en esta región hacia el año 1538, abandonándola hacia 1550, cuando entraron los franciscanos (Acuña 1987: 137, nota 7).

Cortés repartió los pueblos de Michoacán en encomiendas, ateniéndose al censo (inspección y descripción de los pueblos) de Antonio de Carvajal, que fue enviado a título de "visitador" entre octubre de 1523 y julio de 1524. Con esta descripción de las poblaciones y caceríos tributarios, Cortés inició la repartición de encomiendas a numerosos españoles, concediéndose para sí mismo las mejores, particularmente *Tzintzuntzan* y los ricos pueblos mineros de *Tamazula*, *Tuxpan*, *Amula* y *Zapotlán* (Martínez 1989: 39/ Paredes Martínez 1984: 26). Sabemos que algunos pueblos en la Provincia de Motín pertenecieron a encomenderos, como *Uiztlan*, sobre la costa, *Amatlan* y *Motenpacoya*, arriba en la Sierra, y Girona, en el lejano lado de la sierra (Sauer 1990: 75).

Sin embargo los conquistadores-encomenderos no constituyeron la primera población española que ocupó el territorio michoacano. Esta estuvo integrada más bien por un grupo relativamente amplio de españoles poco acaudalados y educados que habían tenido escasa participación de los beneficios inmediatos de la conquista; eran buscadores de minas que recorrían el territorio, administradores de las encomiendas y estancias de los españoles y cobradores de tributos, los odiados "calpisques". Muchos de ellos establecieron a su vez su propia estancia, participaron en compañías y lograron enriquecerse (Martínez 1989: 45).

Cortés fue dueño de las minas de Motines de Oro y de otras minas, que en 1531 eran explotadas por los españoles, y seguramente lo fueron en tiempos prehispánicos. En estas trabajaban seis cuadrillas de esclavos-indios que se dedicaban a extraer oro, y para alimentarlos obtenía el maíz de *Uichichila*. Esta condición existía a pesar de que a los in-

dios teóricamente se les consideró vasales libres de la corona española. Según un testimonio de la época, sacaban cada ocho días "ochocientos tamemes (cargador indio) cargados de dicho bastimento". Otro testigo refiere que cada cuadrilla sacaba, al término de un año, mil pesos de oro y que cada esclavo valía diez pesos de oro común (Paredes Martínez 1984: 302). Sin embargo, la explotación del oro se suspendió, o casi se abandonó, en 1550 (Acuña 1987: 128).

En los primeros tiempos de la Conquista, las Relaciones indican que tan tarde como en 1536 *Alima* (Coahuayana) y *Uepantitlán*, cerca de la boca del mismo río, en el Valle de Alima, así como *Aquila* y otros lugares en el Motín estuvieron pagando tributo anual a Su Majestad tanto en oro en polvo como fundido (Acuña 1987: 142). Para la región de Motín - la provincia "donde las minas de oro están" - se conoce, por ejemplo, que Hernández de Alvor fue un minero que incluyó en su petición satisfacer la pérdida de siervos, esclavos en el Motín, y que Juan de Sámano declaró que durante la administración de Estrada (ca. 1525), indígenas fueron cargados con maíz y caminaron más de cuarenta leguas a las minas de Motín.

Existe en el litigio de Cortés en 1531, una referencia a Motín "donde los esclavos del marqués fueron ocupados a acarrear oro". La Relación menciona lo siguiente sobre estas minas:

En tiempo que esta tierra se descubrió, se descubrieron minas de oro ... en el cerro que tengo escrito que llaman *Catagui* ... en donde muchos conquistadores y antiguos pobladores se aprovecharon de oro fino y bueno: con la abundancia de esclavos y servicios que en aquellos tiempos había, se sacaba (*ibid*).

A pesar de que Cortés había prohibido que los indios de encomienda prestaran servicio en las minas, se forzó a los indios esclavos a trabajar en las insalubres minas, como las de Motín y *Zacatula* (Martínez 1989: 41). Se conservan en el Archivo de Notarías de la Ciudad de México varios contratos para sacar oro de las minas de Michoacán y *Zacatula*, que nos aportan información sobre la organización al mismo tiempo feudal, esclavista y mercantil (*ibid*: 43).

Esta información sobre los primeros tiempos después de la Conquista indica los datos siguientes:

1) hubo una distribución original de la actividad minera a lo largo de la costa de Michoacán, al menos desde Cihuatlán, Guerrero, hasta las minas de Motín;

2) pronto se extendió la actividad tierra adentro, arriba de la desembocadura del río Alima;

3) el oro fue obtenido de las arenas de los arroyos y por la excavación en las laderas de las colinas;

4) el colapso de la minería de oro en los primeros tiempos de la colonia fue debido a la libertad de los esclavos y a la pérdida de los servicios de los indígenas (Brand 1990: 123-5).

Durante los primeros años de la Conquista, el sistema tributario de la Nueva España, que se debía entregar al encomendero y al rey, aprovechó las instituciones indígenas, procediendo a introducir cambios graduales (Rojas 1990: 11), y fue integrado a la institución de la encomienda. Este sistema tributario supuso la reunión de una serie de elementos económicos, políticos e administrativos ligados entre sí, que funcionaban con el fin de extraer de una manera sistemática el producto excedente de las distintas comunidades indígenas encomendadas (Paredes Martínez 1984: 52). En algunos casos, este tributo se pagaba a través el "servicio personal", que consistía en la obligación laboral que tenían los indígenas encomendados con su encomendero, además de sus obligaciones tributarias (*ibid*: 59). Igualmente, a medida que se va unificando el pago del tributo después de los años 1560, este se pagó con dinero y maíz en algunas encomiendas (*ibid*: 60/ Rojas 1990: 15), o con trigo (Acuña 1987: 137). Los encomenderos acostumbraban a pagar a los indígenas con mantas y cacao, es decir con moneda de la tierra. En *Aguila*, por ejemplo, se producían "mantas de algodón" (Rojas 1990: 14).

Desgraciadamente, después de la Conquista hubo una disminución de la población indígena, debido, según las fuentes, a las "enfermedades de calenturas" (Acuña 1987: 140), a la "pestilencia" (*ibid*: 146), al "contagio de llagas" (*ibid*: 150) y a los desplazamientos de pueblos que tuvo lugar en varios lugares (*ibid*: 158). Los datos coinciden en que hubo una marcada disminución de esta población en los años después de la Conquista. Lebrón de Quiñones (1988: 20) señala que:

Hallé los naturales de aquellas provincias muy perdidos, pobres, fatigados, disminuidos, asolados, en tanto número y grado, que a lo que fui informado, no hay la centésima parte de gente que cuando fueron conquistados... Si la visita de los pueblos que yo visité, se dilatara seis años más, no quedara gente que poder visitarse, porque muchos pueblos que ahora quince o veinte años tenían a diez mil indios y más, no se hallan ahora cuarenta o cincuenta.

En el siglo XVI, la Costa de Michoacán pertenecía al Reino de la Nueva España y se situaba dentro de la "Provincia Mayor de Michoacán", que se estableció a partir de 1531 (Ruiz 1986: 121). Todos estos pueblos mencionados anteriormente pertenecían al Obispado de *Mechuacan* (Acuña 1987: 142, 153, 179, 460/ ver mapa en Mazín Gomez 1986), con la capital en Valladolid, la actual Morelia. Esta "Provincia Mayor de Michoacán" estaba dividida geográficamente en instituciones regionales que incluían las numerosas Encomiendas, Corregimientos, Alcaldías Mayores, Municipios (administradas políticamente por sus respectivos Ayuntamientos) y las "Repúblicas de Indios". Estas últimas estaban integradas por varios pueblos grandes, como *Cuanajo*, *Zacapu*, *Huiramba*, *Undameo*, etc., y administradas por gobernadores indígenas y por ayuntamientos designados siempre entre sus antiguos señores principales (Ruiz 1986: 123).

Sería preciso añadir que la zona costera que pertenece a esta investigación incluía, en la época colonial, la Costa, o Valle de Alima, que correspondía a la cuenca del río del mismo nombre, hoy día el río Coahuayana, la Provincia de Motín (Lebrón de Quiñones 1988: 38) y la

Provincia de *Zacatula*, hasta la desembocadura del río Balsas. Existían dos provincias denominadas Motines en el siglo XVI: Motines de Colima (Acuña 1987: 127) y Motines de *Zacatula* (*ibid*: 455). La definición geográfica de estas zonas es algo vaga, aunque se pueda decir que en la primera década posterior a la Conquista se aplicaba en un sentido general a la región montañosa adyacente a la costa del Pacífico, entre Colima y *Zacatula* (Warren 1977:162). Su importancia jerárquica, sin embargo, no era la misma. Solamente la primera era una alcaldía mayor, menos por la importancia y magnitud de sus pueblos que por existir en su territorio minas de oro.

Hay que señalar que los datos históricos se contradicen y algunas fuentes localizan esta zona costera en la Provincia de Colima (Sevilla del Río 1986: 64). Los mapas existentes de la primera época de la colonia, basados sobre conocimientos imprecisos, el curso y la posición de los ríos, así como el de muchos de sus pueblos, son inciertos. Se sabe que el pueblo de Motín, por ejemplo, estaba situado "en los bancos del tercer río", abajo de Alima. Perteneció a la Corona, junto con otros cinco pueblos, listados en la Suma, situados en las barrancas o sobre los flancos de la montaña, en la sierra principal de Motín (Sauer 1990: 75).

Para concluir, podemos adelantar que a la llegada de los españoles, las comunidades indígenas que poblaban la costa de Michoacán gozaban de un nivel de desarrollo comparable al de otras comunidades vecinas de la costa pacífica. Este nivel se puede comprobar no solamente a través de los datos históricos mencionados anteriormente, sino también a través de las evidencias arqueológicas localizadas a lo largo de esta zona, que cuenta con un patrón de asentamientos (centros habitacionales y ceremoniales y zonas de cementerio) propio de una sociedad desarrollada (Novella s.f.: 60). Estos pueblos, organizados en señoríos independientes con una cultura relacionada con la de Colima, tenían una economía mixta basada sobre la agricultura, la pesca y la minería.

Después de la Conquista, se puede adelantar que la base económica, religiosa y social de estos pueblos indígenas se derrumbó, y que su población decayó. Sin embargo el nuevo sistema económico implantado por los nuevos habitantes de esta zona estableció sus bases sobre el mismo sistema económico, basado sobre la agricultura, la producción minera y el tributo, introduciendo nuevos productos y ciertos cambios.

- ACUÑA, R. (ed.). (1987): "Relación de la Provincia de Motines". En *Relaciones Geográficas del siglo XVI: Michoacán*, No. 9: 121-180. UNAM. México D.F.
- ACUÑA, R. (ed.). (1987): "Relación de la Villa de Zacatula". En *Relaciones Geográficas del siglo XVI: Michoacán*, No. 9: 437-472. UNAM. México D.F.
- BARLOW, R.H. (1949): "The extent of the empire of the Colhua-Mexica". *Ibero-Americana*, 48.
- BAUS DE CZITROM, C. (1987): "Una ceremonia de petición de lluvias en la Antigua Provincia de Colima". *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Tomo XXXIII (1): 235-242. INAH. México D.F.
- BEAUMONT, Fray Pablo de la Purísima Concepción. (1985/87/1565): *Crónica de Michoacán*. T. 1 y 2 (1985), T. 3 (1987). Balsas Ediciones. Morelia.
- BRAND, D.D. (1952): "Bosquejo histórico de la geografía y la antropología en la región tarasca". *Anales del Museo Michoacano*, 2da. época (5): 49-163. Morelia.
- BRAND, D.D. (1960): *Coalcoman and Motines de Oro*. The Institute of Latin American Studies. University of Texas: Austin, Texas.
- BRAND, D.D. (1980): "A persistent myth in the ethnohistory of Western Mexico". *Tlalocan*, 7: 419-436.
- CABRERA V., M.R., y Pérez González, B. (1991): *El Estado Purhepecha y sus fronteras en el siglo XVI*. Instituto Mexicano de Cultura. Morelia.
- CABRERO, L. (ed.). (1989/1541): *Relación de Michoacán*. Crónicas de América, 52. Historia 16. Madrid.
- COMMONS, A. (1970): "Extensión Territorial del Reino de Michoacán". *Boletín del Instituto de Geografía*, 3. UNAM. México D.F.
- ESPINOSA, Fray Isidro Felix de. (1945): *Crónica de la Provincia Franciscana de los Apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacán*. Editorial Santiago. México D.F.
- GERHARD, P. (1986): *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*. UNAM. México D.F.
- GORENSTEIN, S., y POLLARD, H.P. (1983): "The Tarascan civilization: a late prehispanic cultural system". *Vanderbilt Publications in Anthropology*, 28. Nashville, Tennessee.
- GUERRERO, R.G., y DEL CASTILLO, I.M. (1948): "Etnografía y lingüística de la Costa de Michoacán". En *El Occidente de México*. Mesa Redonda IV: 127-128. INAH. México D.F.
- LEBRÓN DE QUINONES, L. (1988/1554): *Relación sumaria de la visita que hizo en Nueva España el Lic. Lebrón de Quiñones*. Biblioteca Básica de Colima. Colima.
- LEÓN, N. (1979): *Los Tarascos*. Editorial Innovación. México D.F.
- MARTÍNEZ, R. (1989): "Los inicios de la colonización/ La Conquista". *Historia General de Michoacán*: 31-45. Instituto Michoacano de la Cultura. Morelia.
- (La) *Matrícula de Tributos*. (1980): Edición facsimilar. Akademische Druck und Verlagsanstalt. Gratz, Austria.
- MAZÍN GÓMEZ, O. (1986). *El gran Michoacán*. El Colegio de Michoacán. Zamora.
- NOVELLA, R. (s.f.): "Proyecto Arqueológico de la Zona Costera de Michoacán: primera temporada". (sin publicar).
- PAGDEN, A. (1971): *Hernán Cortés: letters from Mexico*. Yale University Press. London & New Haven.
- PAREDES MARTÍNEZ, C. S. (1984): *Michoacán en el siglo XVI*. Colección Estudios Michoacanos, VII. Morelia.
- (La) *Relación de Michoacán*. (1977/1541): Reproducción facsimilar del Ms.c. IV.5 de El Escorial. Balsas Ediciones. Morelia.
- ROJAS, J. L. de. (1990): "Consideraciones sobre el tributo en Michoacán en el siglo XVI". *Relaciones de Historia y Sociedad*, XI (44): 7-31. El Colegio de Michoacán. Zamora.
- RUIZ, J. F. (1986): *Tribuna histórica michoacana: siglo XVI*. Omega. Morelia.
- SAUER, C. (1990/1948): *Colima de la Nueva España en el siglo XVI*. Universidad de Colima. Colima.
- SEVILLA DEL RÍO. (1986): *Breve estudio sobre la Conquista y Fundación de Colimán*. Biblioteca Básica de Colima. Colima.
- TORRES DE MENDOZA, L. (ed.). (1864-84): *Colección de documentos inéditos, relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía, sacados de los archivos del Reino, y muy especialmente de las Indias*. 42 vols. (13, ref.63-64). Madrid.
- WARREN, J.B. (1977): *La Conquista de Michoacán, 1521-1530*. Colección Estudios Michoacanos, VI. Fimas. Morelia.
- WEST, R.C. (1961): "Aboriginal sea navigation between Middle and South America". *American Anthropologist*, 63: 133-35.